

Los dos temas de la obra son el amor y la muerte, como ya anuncia la pregunta del inicio del relato:

Señores, ¿os agradaría oír una bella historia de amor y de muerte? Se trata de la historia de Tristán y de Iseo, la reina. Escuchad cómo, entre grandes alegrías y penas, se amaron y murieron el mismo día, él por ella y ella por él. El relato de sus amores se extendió por la bella Erín y la salvaje Escocia, se repitió en toda la isla de Miel, desde el muro de Adriano hasta la punta del Lagarto, halló sus ecos en los bordes del Sena, del Danubio y del Rhin, encantó a Inglaterra, Normandía, Francia, Italia, España, Alemania, Bohemia, Dinamarca y Noruega. Su memoria durará mientras exista el mundo.

De los amores entre Blancaflor, hermana del rey Marc de Cornualles, y de Rivalén, rey de Leonís, nace un niño, al que su madre pone por nombre Tristán ('el triste') a causa del gran dolor que siente al haberse quedado viuda. La madre, Blancaflor, muere también por el alumbramiento del niño, que será educado por el escudero Govenal.

A los quince años, Tristán entra a formar parte de la corte de su tío el rey Marc de Cornualles, en la que es admirado por su educación y su habilidad para tocar el arpa. Llegar entonces a Cornualles el gigante Morholt, que quiere cobrar los tributos que el rey Marc debe pagar al rey de Irlanda mientras no haya un caballero que venza al gigante irlandés. Tristán lucha con Morholt y lo vence, pero en el combate ha sido herido con una lanza envenenada y nadie acierta a curarlo. Viendo próxima su muerte, pide que le abandonen en una barca, acompañado únicamente de su arpa. La barca le lleva a las costas de Irlanda, y Tristán, para salvar su vida, tiene que hacerse pasar por un juglar. Es acogido por el rey de Irlanda y curado por su hija la rubia Iseo, la misma que, para vengarse algún día, guarda en su arquet de marfil el trozo de espada que mató a su tío Morholt. Para evitar ser reconocido, escapa hacia Cornualles en cuanto se encuentra restablecido. Allí, los cortesanos urgen al rey a que se case, temerosos de que si muere sin descendencia deje el trono a Tristán. Un día, unas golondrinas dejan caer a los pies del rey Marc un cabello tan maravillosamente rubio, que el rey, para complacer a la corte, decide casarse con la mujer a quien pertenezca. Tristán, que lo reconoce enseguida como de Iseo, se ofrece para ir a buscarla.



Combate entre Tristán y el gigante Morholt. Miniatura del siglo XIII.

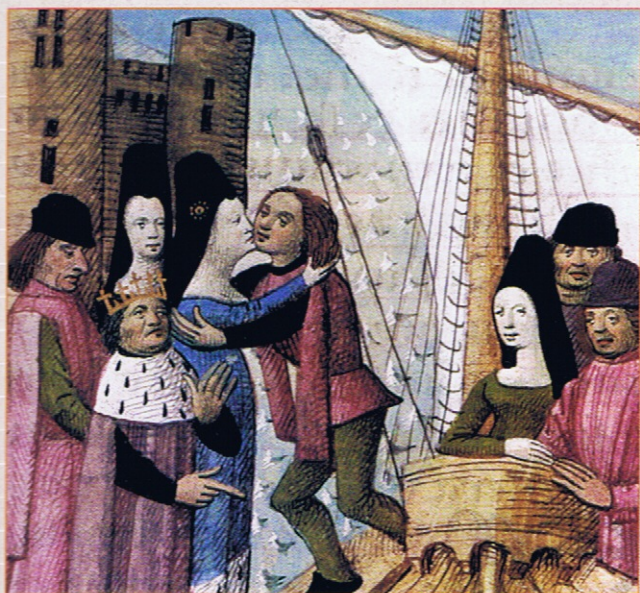
Tristán llega a Irlanda, que se encuentra asolada en aquel tiempo por culpa de un feroz dragón. El rey irlandés ha prometido la mano de su hija a quien logre matarlo. Tristán mata al dragón y pide la mano de Iseo para su tío el rey Marc, a lo que el rey irlandés accede.

Durante la travesía en barco que ha de llevarlos a la corte de Cornualles, Tristán e Iseo beben por error un brebaje que la madre de Iseo había preparado para su hija y el rey Marc. Este brebaje o filtro mágico tenía la virtud de unir en eterno amor a los que lo bebieran juntos. De manera que Tristán e Iseo se enamoran para siempre el uno del otro.

Llegan a Cornualles y se celebran las bodas. Los amores de Tristán y la nueva reina son descubiertos por algunos cortesanos, que informan al rey Marc. Tristán es condenado a morir en la hoguera, e Iseo, obligada a vivir entre leprosos. Pero Tristán logra escapar y, después de liberar a su amada, viven los dos miserablemente en un bosque, apartados de todos.

Un día, estando el rey Marc de cacería, un criado le comunica que ha descubierto en una cabaña del bosque a Tristán e Iseo.





Tristán despidiéndose de Iseo «la de las blancas manos». Miniatura del siglo xv.

El rey ordena que nadie le siga. Pese a las protestas de sus barones se deshace de su escolta. Hace ensillar su caballo y parte, espada al cinto. Durante el camino recuerda la traición de Tristán, cuando huyó con Iseo, la del claro semblante. Lleno de ira y rencor, marcha decidido a castigarlos si los encuentra. ¡Si Tristán estuviera despierto uno de los dos perdería la vida! El rey descaburga y ata las riendas a una rama de manzano verde. Se acerca a la cabaña. Desenvaina la espada y avanza dispuesto a la venganza. Blande su arma, va a golpearlos (¡Dios, qué desgracia si lo hiciera!). Pero ve que Iseo lleva puesta su camisa y Tristán sus calzas, sus bocas no se juntan, la espada desnuda separa sus cuerpos.

—¡Dios mío! —exclama—. ¿Debo matarlos? Si se amasen con loco amor no dormirían vestidos, la espada desnuda entre ellos.

Contempla sus rostros: Iseo le parece más bella que nunca. La fatiga la había dormido y coloreado sus mejillas. Un rayo de sol caía sobre su rostro.

El rey coloca su guante sobre el hueco por el que se filtra el rayo que abrasa el rostro de la reina. Suavemente sustituye el anillo de Iseo por el suyo y coloca su espada en lugar de la de Tristán, con la que un día su sobrino había matado a Morholt. Antaño, cuando el rey le había regalado el anillo, entraba con dificultad: tanto había adelgazado Iseo en su vida de fugitivos que ahora se le escapaba del dedo y era milagro si no lo perdía. El rey sale de la cabaña y emprende su viaje de regreso. Renuncia a tomar venganza y oculta celosamente a todos lo ocurrido.

Un tiempo después, acoge de nuevo a Iseo en la corte, pero aleja de ella a Tristán, que emprende una serie de aventuras por tierras extrañas. En más de una ocasión, Tristán, disfrazado de leproso o de loco, intenta acercarse a su amada. En Bretaña se casa con Iseo «la de las blancas manos», pero no puede olvidar a su otra Iseo, su único amor. Tristán es herido gravemente, y solo Iseo «la de los cabellos de oro» puede curarlo. Le envían a esta un mensaje a través del mar: si la nave regresa con Iseo, las velas serán blancas; si no, negras. Iseo «la de las blancas manos», conmovida de la pasión que su marido agonizante siente por su amada lejana, engaña a Tristán: la nave que ha regresado trae las velas blancas y en ella viene Iseo, que lo ha dejado todo para acudir al lado de su amado, pero ella le dice que las velas son negras.

Allá en la costa Tristán aguarda la llegada de la nave. Se lamenta y suspira, llora y se retuerce en el lecho. La herida va minando sus fuerzas. Se siente morir por culpa del veneno y del deseo insatisfecho de ver llegar a Iseo. En medio de su angustia y de su dolor, su esposa se acerca a él: en su corazón ha maquinado una terrible venganza.

—Amigo —le dice—. Kaherdin regresa: he visto su bajel que navega con gran dificultad. ¡Dios quiera que os traiga nuevas que puedan reconfortaros!

—Amiga, ¿estáis segura de que es su nave? Decidme qué vela enarbola.

—La vela es negra. La han izado bien alta para aprovechar mejor el poco viento que hay.

Tristán sintió un profundo dolor. Se volvió hacia la pared y murmuró:

—¡Dios salve a Iseo y me salve! Puesto que no queréis venir a mí, moriré por vuestro amor. No puedo prolongar más mi vida: por vos muero, Iseo, bella amiga. No habéis tenido piedad de mi mal, pero mi muerte os afligirá.

Tres veces murmuró «Iseo, amiga» y a la cuarta rindió su espíritu.

[...] El viento se ha levantado sobre el mar. Hinchla la vela y empuja la nave hacia la costa. Iseo salta a tierra. Oye los lamentos en las calles, escucha el doblar de las campanas de los monasterios e iglesias. Pregunta por quién se lamentan y por quién tocan las campanas. Un anciano responde:

—Señora, grande es nuestro dolor, como nunca hubo otro igual. El valiente y noble Tristán ha muerto: era generoso con los necesitados y audaz para acudir en ayuda del que sufría. Acaba de morir en su lecho de una herida que recibió.



*Al conocer la noticia, el dolor corta a Iseo la palabra. La muerte de Tristán la ha enloquecido. Corre por las calles, el vestido en desorden, y llega antes que los otros al palacio. Nunca habían visto los bretones mujer tan bella: la contemplan sorprendidos, preguntándose perplejos quién puede ser y de dónde viene. Iseo llega hasta el cuerpo de su amigo.*

*—Amigo Tristán, cuando muerto os veo, no hay razón para que yo siga viviendo. Habéis muerto por mi amor, yo muero por cariño hacia vos. No pude llegar a tiempo para curar vuestro mal, amigo; por vuestra muerte no podré volver a tener consuelo, ni alegría, ni solaz, ni placer. ¡Maldita sea la tormenta que me retuvo en el mar! Ya que no he podido devolveros la vida, que al menos nos reunamos en la muerte.*

*Se extiende junto a él. Lo abraza, lo besa en la boca y en el rostro, lo estrecha contra sí, cuerpo contra cuerpo, boca contra boca. Rinde así el alma y se extingue junto a su amigo.*

*De la tumba de Tristán brotó una hiedra, y de la de Iseo un rosal, y las ramas de la hiedra y el rosal se abrazaron mezclando sus flores y sus hojas.*



*Tristán e Iseo. Miniatura del siglo xv.*